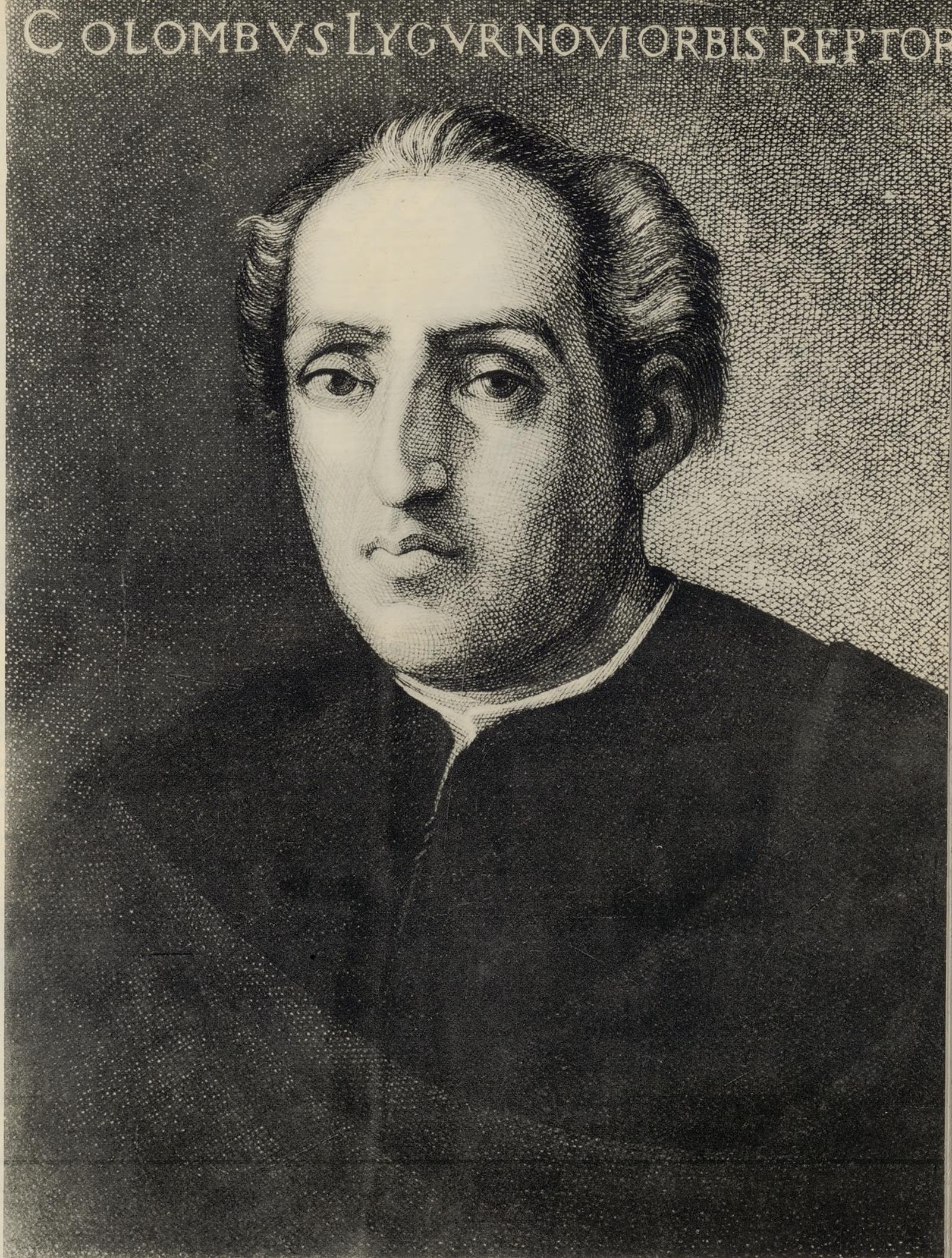


COLÓN

*siempre
el mismo
siempre
diferente*



Ya se dijo aquí, en otra ocasión, que los grandes hombres, como Cervantes, apenas han tenido tiempo para retratarse, y que si una cosa es vivir y otra quedar en la vida, la efigie de Cristóbal Colón queda extraviada en un nimbo de gloria verdadera, de acontecimiento que impide todo reposo, de asombro que turba toda serenidad.

A veces, al héroe le falta tiempo para mantenerse en quietud, por unas horas, frente al artista; pero al artista puede acuciarle el deseo de interpretar al héroe, pasado o contemporáneo. Si contemporáneo, el propio acontecimiento inesperado, fugaz, fulminante—porque ni la vida ni la muerte avisan siempre—, puede alejarnos en tanto se le espera, como ocurrió, por estos tiempos, con un torero de leyenda, a quien todos los pintores hubiesen querido pintar y a quien sólo Zuloaga retuvo, apresó, en un lienzo a medio hacer, porque la muerte llegó antes. Así, interpretado en cada época según el aire respectivo y según la fantasía del pintor o del grabador, a Cristóbal Colón le ocurre lo que a un dios de la Hélade o a la querrela de amor de Venus y el cisne jupiterino. ¿Fueron así, como el pintor dijo, los fusilamientos de la Moncloa, 1808? ¿Fué así la rendición de Breda? ¿Son así los ángeles, tal como nos los pintan siempre siguiendo los artistas posteriores, por comodidad o falta de imaginación, al autor de la inicial figura alada?

La gracia de estas páginas está tan sólo en mostrar la inquietud de todas las épocas por registrar la fisonomía del descubridor. Quizá valga, así, más que el conocimiento de un rostro preciso que se multiplicara después, infinitamente, cliché único, por todos los pinceles. Un Colón fisiológicamente vario, múltiple, nuevo ser de cien caras, muestra cuánto pudo servir de espolique a los hombres que nacieron y vivieron una vez que él dejó de andar y navegar la Tierra. Frente a la variedad del perfil—barroco, neoclásico, romántico—, su acción descubridora fué única, singular



y perfectamente definida en la Historia cristiana, desde entonces partida en dos: antes del Descubrimiento y después del Descubrimiento. Antes de Colón y después de Colón.

Esta misma muestra de los «Colones» con que la fantasía de los artistas ha poblado el mundo —recordamos el hecho en la línea en que hablamos: la pura anécdota— puede reproducirse en el siglo xx, al través de las fotografías múltiples de un personaje determinado. Tal se hizo ya, en un semanario madrileño, hace unos veinte años, con el entonces famoso presidente de una república suramericana: el semanario aludido dió, en una página, las veinte fotografías de la cara del presidente que en el espacio de un mes se habían publicado en los principales periódicos de Europa y América. El político suramericano—como Colón—dificilmente se parecía de «foto» a «foto»: eran veinte señores distintos. ¿Qué «Colón» es Colón? ¿Lo será, acaso, alguno, entre tantos? Cuando en la Córdoba de la Andalucía tuvieron que inaugurar la estatua ecuestre del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, faltaba la cabeza del jinete: ¿lo harían chato, aguileño, cejijunto, prognático...? Decidieron hacerle cordobés—romano de Séneca, sobre todo—y le colocaron, dicen, una copia de la cabeza de Lagartijo, de perfecto perfil latino. ¿Qué «Colón» es Colón? Cada época, cada tiempo y cada estilo tienen el suyo, y eso es lo mejor que pudo haberle ocurrido a Colón: dejar a la Humanidad la inquietud de ir interpretándole al gusto de cada ciclo. Verdaderamente, lo contrario hubiese sido muy cómodo.



CHRISTOPHORVS COLVM
BUS. Indiarum primus Inven
102

D. CHRISTOVAL COLON
DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO.

CHRISTOVAL COLON
Descubridor de la América.